

PARTE CUARTA



Á UN NUEVO CELEBRANTE

Cubierto con augusta vestidura
Hacia el ara camina fulgorosa
Por la primera vez ;
En sus labios respira una alma pura ,
Pintados en su frente ruborosa
Candor y timidez.

Con divina armonía en alto cielo
El arpa de elevados querubines
Empezó á resonar :
¡ El momento llegó !.. ¿ con áureo velo
Veis cuál cubren su faz los serafines
En torno del altar ?

¿ Cómo absorto no veis cuál su mirada
Está fija ? las manos en postura
De férvida oración :
Se dirige á la víctima sagrada ;
Es un Dios escuchando á su criatura...
¡ Cielos ! ¡ qué dignación !

¡Oh! ¡mil veces feliz, nuevo Escogido!
 ¿Tu corazón no sientes inundado
 De gracias y de luz?
 ¿No percibes ternísimo latido
 Al sentir que tu pecho se ha bañado
 Con sangre de la cruz?

No será en vano, no: que en adelante
 Palabra de salud y eterna vida
 Tu boca verterá,
 Y con habla tan dulce y penetrante,
 Que balsámica gota sobre herida
 Tan grata no será.

Por tus manos la súplica del hombre
 Entre nubes de incienso presentada
 Será acepta al Señor;
 De un Dios Trino invocado el Santo Nombre,
 Romperás la diabólica lazada
 Á infeliz pecador.

En sus penas dulcísimo consuelo,
 En sus ansias la calma y la bonanza
 Tú darás al mortal;
 Y cual ángel bajado de alto cielo
 Bañarás con la luz de la esperanza
 La mansión sepulcral.

Yo debo enmudecer, que dicha tanta
 A expresar no bastaran mis acentos
 Cómo ha cabido en ti.....
 Cuando estés junto al Ara sacrosanta
 Consumando el mayor de los portentos
 No te olvides de mí.

LA CRUZ SOLITARIA

De salud señal augusta,
 de amor plácido recuerdo,
 esperanza del mortal
 en esa tierra de duelo:

Yo bendigo agradecido
 la mano que en santo celo
 te plantó aquí solitaria
 en la mitad del desierto.

Cubren tu base y tus brazos
 los copos de musgo seco,
 y otro musgo verde apunta
 para cubrirte de nuevo.

Largos años ha que sirves
 de consuelo al pasajero,
 que la piedra de tus brazos
 es consumida del tiempo.

¡Cuánto suspiro escuchaste
 de afligido que el gran peso
 de su pena aligeraba
 imprimiendo en ti sus besos:

Del peregrino que pasa
 agobiado de recuerdos
 refrescando de su patria
 los amables embelesos:

Del proscripto que divaga
errante con paso incierto,
separado de su esposa
y del fruto de amor tierno:

Del mendigo que tiritita
de frío en el crudo invierno,
y que en estío ardoroso
sufre del sol el tormento:

Del viajero extraviado
por incógnitos senderos,
sorprendido por la noche
aquí en medio del desierto!

Todos sienten un alivio
tus brazos en descubriendo,
á tu pie todos se paran
á meditar en silencio.

Todos te cuentan su cuita
esperando algún consuelo
del que muriera en tus brazos
en el Gólgota sangriento.

¡Oh Cruz! recibe también
de este obscuro pasajero
ese beso que te imprime,
muestra de homenaje tierno;

Mientras hundida la frente
en el polvo de tu suelo,
y doblada la rodilla
tu pie en mis brazos estrecho.

Una mirada benigna
por ti desde el alto cielo
dispéñseme compasivo
el Autor del firmamento.

SAN JUAN BAUTISTA

Salido ya del desierto
que deja por vez primera,
del Jordán á la ribera
un desconocido está:

¿Quién es? ¿Cuál será su nombre?
¿Quién conduce su destino?
¿Quién dirige su camino?
¿De dó viene? ¿Dónde va?

Muy floridos son sus años,
y su faz amable y bella
marchita con cruda huella
de austeridad y rigor.

En sus ojos penetrantes
un fuego divino brilla,
y matiza su mejilla
de las rosas el color.

Una túnica cerdosa
forma su pobre vestido,
lleva su cuerpo ceñido
con un ceñidor de piel.

Jamás prueba pan ni fruto
ni cuanto al hombre alimenta,

de langostas se sustenta
y de selvática miel.

En su frente lleva escrito
un destino misterioso,
y su acento poderoso
empezando á resonar,

Marchan en tropel los pueblos
para verle con sus ojos,
y se le postran de hinojos
apenas empieza á hablar.



SAN PABLO EN EL DESIERTO

Allá... do para el águila su vuelo,
¡él es! en lo más hondo del desierto,
cual si oyera un angélico concierto
arrobado en celeste inspiración:
hincado de rodillas en el suelo,
la diestra mano levantada al cielo,
la otra en el corazón.

¡Qué célica dulzura siente el alma,
cuando miro su barba plateada
sobre el pécho, cual cándida nevada
que la copa del árbol blanqueó;
y al contemplar su túnica de palma
y aquella paz y placentera calma
que un siglo no alteró!

¡Gran Dios! y transcurrieron ya cien años
que dejando del hombre la vivienda
tomara del desierto angosta senda
para hundirse en olvido sepulcral,
hollando el falso brillo y los engaños.

y el seductor halago y los amaños
de serpiente infernal.

Ya en la hoya del sepulcro se sumiera
generación entera de mortales,
cual del árbol el tronco y los ramales
en sima que cavarán á su pie,
ó la hoja que llevó corriente fiera
sobrenada un instante en la ribera
y luego no se ve.

Y cual árbol de raza peregrina,
por el hacha del tiempo respetado,
envejece en un valle retirado
extendiendo sus ramas por doquier;
y á su pie yace ajada y blanquecina
bella flor que se abriera purpurina
y encantadora ayer.

¡Oh santo Solitario! ¡á cuál altura
se encumbra tu sublime pensamiento
cuando miras el vasto firmamento!
¡Pudírame contigo levantar
contemplando arrobado la natura
y al supremo Hacedor en su luz pura
á tu lado adorar!

Que tal vez quebrantadas las cadenas
de ese mundo de duelos y pesares
no fueran tan crueles los penares
y el desierto templara su amargor;
que no son las campiñas más amenas
do al mortal la amargura de sus penas
se convierte en dulzor.

Cual vaga pensativo y solitario
del hogar patrio el infeliz proscrito,

y le aplace más bien prado marchito
que el verdor y las flores del jardín;
y en el monte aislado campanario,
ó el silencio de obscuro santuario
que el reir del festín.

Contigo yo subiendo
á la cresta del monte
viera del horizonte
el vasto pabellón,
que con mano potente
al aire desplegara
y de luz le bañara
allá en la creación.

Y de rosas orlado
al bello sol naciente,
después con rayo ardiente
abrasando el zenit,
y en pos aura más pura
en soto umbroso y frío
en caluroso estío
el fruto de la vid.

Cuando en noche serena
el astro de consuelo
blanco y sombrío velo
tendiera sobre mí,
al oír tus suspiros
hincara la rodilla
celeste maravilla
para admirar en ti.

Tus ojos chispearan
con fuego reluciente,

como en la fragua ardiente
centellea el metal;
y tu frente marchita
cobrara su frescura,
cual la mustia natura
con sol primaveral.

Como herido del rayo
cayera yo en el suelo
al ver con raudo vuelo
descendiendo veloz
al ángel del Eterno
que junto á ti posara,
absorto yo escuchara
que te habla en leve voz.

Y al levantar mis ojos
sus alas plateadas
tendiera matizadas
de azul y de carmín,
el más fragante aroma
sintiera en torno mío
perfumado rocío
de celeste jardín.

En tu gruta descanso
me diera sueño manso,
cual á marchita flor
en noche del estío
suavísimo rocío
refresca su calor.

Que el musgo de tu techo
y la hoja de tu lecho
más me pluguiera á mí,

que artesón de oro y nácar embutido
y el lecho ricamente guarnecido
con oro y carmesí.

El rayar de la aurora
no fuera como ahora
empezar á gemir;
cual oye con dolor que ya resuena
el cautivo la bárbara cadena
sus ojos al abrir.

Si del sol á los rayos ardorosos
ronco silbo repite la cigarra,
y el arenal escarba con su garra
abrasado de sed fiero león,
buscara sitio umbroso
de himno sagrado al son:

Y al ver la brava fiera que se avanza
con su lengua colgada por la arena
con furor sacudiendo la melena
y rugiendo al mirar do me hallo yo;
el temor no alterara mi templanza,
que tuviera fijada mi esperanza
en Dios que le crió.

Al pie de roca ardiente
bebiera en fresca fuente
cual hijo de Israel,
y la amargura acerba
de selvática yerba
se me trocara en miel.

¡Vano soñar! que el pabellón salvaje
veo ya do estampaste tu pisada,
y por el aire libre desplegada

la tienda de los árabes flotar,
 cual el ave que para en el ramaje
 y que esquivada se esconde entre el follaje
 y echa luego á volar.

Y de allí, do dejando terrea esfera
 volara á las regiones de lo inmenso
 tu oración más fragante que el incienso,
 más pura que los rayos de la luz,
 veo arrancar con mano impía y fiera
 del mortal la esperanza postrimera,
 del Salvador la cruz.

Y si el viento en borrasca abrasadora
 arranca del desierto las entrañas,
 revolviendo de arena las montañas,
 como el día en que el mundo finirá,
 de Meca al impostor postrado adora
 y tremebundo y fervoroso implora
 al profeta de Alá.

Al viajar por el mágico oriente
 rebosando en recuerdos el cristiano,
 aun señala mil veces con su mano
 do brillara sublime tu virtud;
 y al volver á su patria, al occidente,
 con el pecho en hervor y orlada frente
 te consagra el laúd.

Diérame un ángel lira resonante,
 los arrobos extáticos del poeta,
 ó la lengua de fuego del profeta,
 ó su cítara de oro y de marfil,
 sacro fuego brillara en mi semblante,
 la sien ceñida de laurel fragante,
 cantara veces mil.

Ora no; que no puede el laúd mío
 aspirar orgulloso á tanta gloria,
 sólo puede á su vate la memoria
 con su débil acento recordar
 despreciando la mofa del impío,
 cual de insecto que zumba en el estío
 el sordo susurrar.



LA ORACIÓN DE JESÚS

EN EL HUERTO DE GETSEMANÍ

Era la noche lúgubre y sombría,
 La luna en la mitad del firmamento
 Pálida cual antorcha de un sepulcro
 Do un monarca reposa en el silencio.
 La ciudad y sus torres encumbradas,
 Sus baluartes, alcázares y templo
 Confundidos en grupo tenebroso
 Parecían cual fúnebres espectros,
 Que en las sombras de noche tenebrosa
 Desplegaban sus miembros gigantescos,
 Despidiendo cual fleble llamarada
 Sus metales tal vez algún reflejo.
 Del Cedrón la corriente murmuraba,
 Del valle respondíanle los ecos,
 Las tumbas de los reyes parecían
 Exhalar algún lúgubre lamento.
 Soplo leve con ala tremulosa
 Del olivo las ramias va meciendo,
 Y en el suelo tres hombres en un grupo
 Descúbrense rendidos por el sueño.

Más allá... no muy lejos, cuanto alcanza
 De una piedra arrojada el breve trecho,
 Inmóvil en humilde compostura,
 Hincado de rodillas en el suelo,
 Orando con plegaria fervorosa,
 De amargura inundado el triste pecho
 Á la vista del cáliz do rebosa
 La justicia terrible del Eterno,
 Desahoga su pecho apesarado
 Al Padre dirigiéndose muy tierno:
 « ¡ Oh mi Padre! traslada, si es posible,
 Ese cáliz, traslada; mas no quiero
 Se haga mi voluntad, sino la tuya. »
 Dijo así, y otra vez en el silencio
 Sumergido apuraba la amargura
 Del cáliz más terrible y más acerbo.
 Entre tanto no olvida su ternura
 Á sus tres compañeros predilectos,
 Levántase, se acerca, y dulcemente
 Les exhorta á que velen un momento:
 « ¿ Ni una hora siquiera no pudisteis
 Conmigo vigilar? » Esto diciendo
 Tocaba blandamente con su mano
 La frente del carísimo mancebo
 Que en la cena dormía recostado
 Sobre el pecho amoroso del Maestro.
 Al tacto de la mano estremecido
 Con susto y sobresalto está despierto,
 Conoce de Jesús la compostura,
 Conoce los dulcísimos acentos,
 Respóndele con plácida sonrisa,
 Y le embarga otra vez el blando sueño.

Indulgente los deja en el descanso,
 Y se aparta el mansísimo cordero,
 Y otra vez comenzando su plegaria
 Invoca fervoroso al Padre eterno.
 ¡Qué pensares se agitan en su mente!
 ¡Qué angustias pesarosas en su pecho!
 ¡Qué congojas mortales, qué agonía
 El alma le destrozan! ¡qué sangriento
 Y copioso sudor el sacro rostro
 Le inunda, y en arroyos hasta el suelo
 Discurre! ¡Cuál se ofrecen á su mente
 De un pérfido discípulo el proyecto,
 Del Gólgota la cumbre pavorosa,
 Y la muerte afrentosa del madero,
 Y el escarnio y la burla del soldado,
 Y el insulto feroz del fariseo,
 Y el dolor de una madre, que llorosa
 Sin encontrar alivio ni consuelo
 Andará confundida entre oleadas
 Aullidos de furor de un pueblo ciego
 Escuchando, y el ruido de las armas
 Que suenan con estrépito, y sufriendo
 El empuje brutal de cruda lanza
 Que acercarse la veda con desprecio!
 El negro porvenir en tanta angustia
 Desplégase preñado de sucesos,
 Que de sangre tan pura el sacro fruto
 Desperdician con crímenes horrendos.
 ¿Veis? ¿no veis cuál la túnica inconsútil
 Destroza de un sacrílego y soberbio
 El vano cavilar, y cómo el orbe
 En su astuta maraña se vé envuelto?

Y pueblos numerosos, que de opaca
 Noche á la bella luz del Evangelio
 Son llamados, bebiendo incautamente
 El sutil y mortífero veneno,
 Larga serie preparan de desastres
 Y penas á la Esposa del Cordero.
 De entre escombros de escuelas destruidas
 Renacen, cual pestíferos insectos,
 Los delirios febriles que apellida
 El hombre los portentos de su ingenio.
 ¡Ay! que rasga su pecho dolorido
 El mirarle que tímido y soberbio,
 Del saber ostentando el aparato,
 Orgullosa se sienta de alto templo
 En la sede; con pompa revestido
 De sagrados y augustos ornamentos
 Enarbola la enseña del orgullo
 Arrastrando en tropel á tantos pueblos,
 Que por alevos silbos extraviados
 Desoyen la palabra y los consejos
 Que llorando tan hondo descarrío
 Les dirige la Cátedra de Pedro.
 ¡Ay! aparta tus ojos, no los mires,
 Que bastante padece ya tu pecho,
 De Occidente desvía esos tus ojos,
 No los mires; que rompen con desprecio
 Tus lazos más sagrados, y hasta olvidan
 De tu amor el ternísimo recuerdo
 Que en la noche ¡ay ingratos! has dejado
 Que precedió á tu muerte de tormentos.
 Á tanto padecer abandonado
 ¿Es posible te deje el alto cielo,

Sin muestra que siquiera algún instante
 Te dé alivio en penares tan acerbos?
 No; que el ruego amoroso que diriges
 Al Padre celestial, en cuyo seno
 Engendrado tú fuiste, elevaráse
 A las gradas del trono del Eterno.
 De entre nubes, que el cielo encapotado
 Mantiene, se desgaja con portento
 Un grupo que semeja la peana
 De algún ángel, celeste mensajero.
 Nube oscura, cual manto de tristeza,
 Despide debilísimo reflejo,
 Que descubre de noche entre las sombras
 Al que envía á la tierra el alto cielo.
 En su frente se pinta la tristeza,
 Cual víspera que encubre un día bello;
 Mas, la calma que muestra en su semblante,
 Su mirar de respeto y amor tierno
 Manifiestan que lleva algún mensaje
 Que al dolor podrá dar algún consuelo.
 Hincada la rodilla se prosterna
 Y abatida la frente besa el suelo,
 Que contempla regado con la sangre
 Que sudara el mansísimo Cordero.
 Ya despliega sus labios: ¿ qué le dice?...
 Retírate, mortal; mantente lejos,
 No pretendas saber lo que decía
 En trance tan amargo y tan tremendo
 El Ángel confortando al que criara
 Al ángel y la tierra con el cielo.

LUSTRA SEX QUI JAM PEREGIT...

TRADUCCIÓN

Los seis lustros ya cumplidos,
 dió por fin hora terrible,
 y tranquilo y apacible,
 cual cordero, el Redentor
 de su voluntad se entrega
 á la merced del tormento
 sobre un madero sangriento
 en holocausto de amor.

Espinas, clavos y lanza
 le atraviesan á porfía,
 danle hiel en su agonía
 para más le atormentar;
 agua y sangre va manando
 de su cuerpo desgarrado
 para bautismo sagrado
 de cielo, de tierra y mar.

En germen, en flor y rama,
 ¡ oh Cruz!, tú sola descuellas,
 las arboledas más bellas
 nada presentan de igual:

¡oh dichoso el hierro santo,
dichoso el leño cargado
con aquel peso sagrado
de su cuerpo divinal!

Encorva ¡oh leño! tus ramas,
ablanda tu contextura,
y esa rigidez tan dura
suaviza un momento, ¡oh Cruz!,
y los miembros en tu tronco
tiende con dulce blandura
del Autor de la natura,
del Dios que crió la luz.

Sólo tú la digna fuiste
que en tus brazos padeciera
el Cordero que muriera
de los hombres por amor;
y tú fuiste el arca santa
en diluvio de pecado:
¡dichoso el leño bañado
con sangre del Rendentor!

Gloria al Padre, gloria al Hijo,
gloria al Espíritu Santo,
resuene un eterno canto
en alma Jerusalén.
De la Trinidad el nombre
con profundo acatamiento
alabe en eterno acento
todo lo criado: Amén.

ORACIÓN DE JEREMÍAS

QUE EMPIEZA:

RECORDARE, DÓMINE...

TRADUCCIÓN LIBRE

Acuérdate, ¡oh Señor!, de tal quebranto,
Compasivo contempla nuestra afrenta;
A manos extranjeras
Nuestros campos, viñedos y praderas
Pasaron con violenta
Y feroz empujada;
De nuestra casa, plácida morada
Do felices vivimos largos años
Arrojados por huéspedes extraños,
Huérfanos nos quedamos, sin consuelo,
De una madre enlutada con el duelo.

Hasta el agua que brota
Abundante compramos con moneda
Y el leño combustible
Que allá en tiempo dichoso y bonancible
Desdeñosos cogiéramos cual greda;
Tirados cual feroces animales
De la cerviz por secos arenales
Vamos cual hato manso;
Y si algún infelice fatigado

Desfallece postrado,
 Crüeles le atormentan sin descanso.
 Hambrientos con penosa servidumbre,
 Del egipcio y asirio á duras penas
 De pan algún bocado
 Desdeñoso nos vemos alargado
 Después de pesadísimas cadenas.
 ¡ Ah Señor ! nuestros padres delinquieron:
 Ellos no son ; lo que ellos merecieron
 Sufre su descendencia.
 Altivos y protervos
 Con villana insolencia,
 Ya señores , nos vejan nuestros siervos.
 ¡ Lloramos ! no hay clemencia
 Que nos libre de males tan acerbos.
 Siempre con cruda espada
 Que amagaba tronchar nuestras services,
 Marchando por desiertos espantosos,
 Hambrientos , sudorosos,
 Devorábamos pan : ¡ ay infelices !
 La faz pálida y mustia,
 Secada nuestra piel como en un horno,
 Consumidos del hambre y de la angustia,
 Y los ojos hundidos,
 Y como carcomidos,
 Estúpidos y errantes en contorno ;
 Y para colmo ¡ guay ! de tantos males
 Vimos nuestras doncellas,
 Nuestras esposas bellas
 Entre manos feroces y brutales.

SALMO 103

QUE EMPIEZA:

BENEDIC, ÁNIMA MEA, DÓMINO...

TRADUCCIÓN LIBRE

Bendice, ¡ oh alma mía !, al Dios de gloria ;
 ¡ Oh Señor ! ¡ cuán sublime es la grandeza
 De vuestra majestad ! De alma belleza
 Y de luz cual magnífico ropaje
 Esplendente ceñido,
 Cual pabellón los cielos desplegaste,
 Y sobre el firmamento
 Las aguas cual cristal atesoraste ;
 Son nubes tu magnífica carroza ;
 De los vientos las alas cabalgando
 Mandas y al punto acuden á tu mando
 Tus ángeles más rápidos que el viento,
 Cual centellas ardientes ;
 Á la tierra le diste el ancho asiento :
 Del nivel que le diste
 Moverla no podrán siglos sin cuento.
 Hubo un día, que en negro abismo envuelta
 Estaba cual un fúnebre vestido ;
 Y las aguas del monte más erguido
 Se ocultaban al son de tu amenaza,
 Pavorosas huyendo
 Del trueno que les lanzas con tu mano ;
 Ondulan las montañas
 Y se extienden después en hondo llano.